

UN SIGLO DE ECONOMÍA POLÍTICA CHILENA (1890-1990)

Versión Actualizada: Comentarios y Prólogos

**Patricio Meller, Héctor Soto, Sol Serrano,
Consuelo Saavedra & Nicolás Eyzaguirre**

Un Siglo de Economía Política Chilena (1890-1990) – Versión Actualizada: Comentarios y Prólogos

Primera edición: marzo de 2017

© 2017, Patricio Meller, Héctor Soto, Sol Serrano, Consuelo Saavedra & Nicolás Eyzaguirre

© 2017, Cieplan

Dag Hammarskjöld N°3269, piso 3, Vitacura

Santiago - Chile

Fono: (56 2) 2796 5660

Web: www.cieplan.org

Edición: Cecilia Barría

Diseño de portada y Diagramación: Triángulo / www.triangulo.co

ISBN: 978-956-204-068-6

Queda autorizada la reproducción parcial o total de esta obra, salvo para fines comerciales, con la condición de citar la fuente.

Impreso por: LOM Ediciones

Impreso en Chile / Printed in Chile

**UN SIGLO DE ECONOMÍA
POLÍTICA CHILENA (1890-1990)**

Versión Actualizada: Comentarios y Prólogos

**Patricio Meller, Héctor Soto, Sol Serrano,
Consuelo Saavedra & Nicolás Eyzaguirre**



CONTENIDO

<i>Presentación</i>	7
I. Prólogo a la Segunda Edición (2016)	9
II. Prólogo a la Primera Edición (1994).....	15
III. Comentarios de Héctor Soto.....	21
IV. Comentarios de Sol Serrano	29
V. Comentarios de Consuelo Saavedra.....	37
VI. Comentarios de Nicolás Eyzaguirre	41
VII. Reflexión final de Patricio Meller.....	57
VIII. Anexos.....	65

Presentación

Este documento recoge los comentarios realizados por Héctor Soto, Nicolás Eyzaguirre y Consuelo Saavedra en el lanzamiento de la nueva versión del libro *Un Siglo de Economía Política Chilena (1890-1990)* que se efectuó en CIEPLAN (septiembre, 2016). A ellos se agrega la intervención que hizo Sol Serrano en 1994, cuando fue presentada la primera versión del texto.

Patricio Meller, autor del libro, contribuye con reflexiones que ponen en contexto su versión actualizada y que buscan aportar al debate sobre temas sustantivos, como la importancia de recuperar la memoria histórica; superar el análisis fundamentalista anclado en la dicotomía Estado/mercado como paradigmas excluyentes de interpretación; asumir que no hay verdades históricas absolutas y que la reinterpretación permanente de nuestro pasado es una condición fundamental para entender el presente y los desafíos del siglo XXI.

Por último, en la publicación se presentan dos gráficos que entregan una visión sintética del período analizado.

I. Prólogo a la Segunda Edición (2016)

La recuperación de la memoria histórica constituye uno de los objetivos centrales de este libro. Como se señala en el prólogo de la primera edición, “el carácter fundacional de los ideologismos que predominaron en el período 1970-90 apuntó a la destrucción del pasado y de la historia. La reconstitución de la memoria histórica cumple un papel social fundamental, por cuanto nos explica quiénes somos como país, relacionando el presente (y también el futuro) con nuestro pasado. Somos también lo que recordamos”.

Un segundo objetivo importante está focalizado en comprender y explicar a las generaciones futuras cómo fue posible que en un período tan corto hubiera habido una transformación conceptual tan radical que indujo a la sustitución de un paradigma del conocimiento por otro radicalmente opuesto.

En esta segunda edición hay una revisión y extensión al cuarto (y último) capítulo de la edición anterior; este era “Síntesis Tentativa” y ha sido reemplazado por “Lecciones del Pasado para el Futuro”. Para este efecto se ha agregado una sección especial denominada “El debate económico-social post dictadura”.

Veinticinco años después del retorno a la democracia es posible constatar que siguen vigentes el fundamentalismo del mercado y el fundamentalismo

estatal, como si no se hubiese aprendido nada de lo que sucedió en el período 1970-1990.

En efecto, persiste en Chile la percepción de que siguen habiendo solo dos visiones dicotómicas opuestas respecto de los mecanismos de solución de los problemas económicos. La lógica de razonamiento económico de la mayoría de los economistas chilenos sigue anclada en la polarización dual que existía en el período 1970-1990. Sin duda, lo más difícil es modificar la manera de pensar; en el caso de los economistas ortodoxos y heterodoxos, esta pareciera ser una tarea casi imposible. Hay que recordar que los astrónomos partidarios de Ptolomeo seguían creyendo que la Tierra estaba fija y era el centro del universo dos siglos después de Galileo y Copérnico. Algo similar sucede, incluso hasta ahora, respecto de la teoría de la evolución de las especies de Darwin (1859) un siglo y medio después. ¿Habrán que esperar un siglo para superar la visión de estos dos fundamentalismos económicos prevaletentes?

Las visiones en la literatura económica sobre cómo salir del subdesarrollo han variado sustancialmente en los últimos cincuenta años. Previamente, el Estado debía desempeñar el rol central; posteriormente, el mercado se convierte en el mecanismo fundamental y exclusivo (y excluyente). Actualmente, en los países avanzados existe consenso en torno a una relación complementaria y balanceada entre mercado y Estado. Se han abandonado las posturas fundamentalistas anteriores de “todo mercado y nada Estado” o “todo Estado y nada mercado”. Está obsoleta la dicotomía mercado o Estado. En efecto, lo que requiere un país en el mundo globalizado actual es “más mercado y más Estado”. El libre funcionamiento del mercado es un mecanismo para

aumentar la eficiencia de la economía; pero el problema de igualdad de oportunidades no se resuelve vía el *laissez faire* del mercado. Por esto se requiere al Estado como un contrapeso importante de los grupos económicos y un mecanismo para compensar los efectos sociales negativos del funcionamiento del mercado.

El neoliberalismo ve a la sociedad como un conjunto de individuos aislados; una suma de Robinson Crusoes. La maximización del bienestar de cada individuo por separado conduce al máximo bienestar social. En otras palabras, “la sociedad no existe”, solo existen las personas (Margaret Thatcher).

¿Existe “algo” que proporciona el hecho de ser miembro de una sociedad?, ¿somos solo terrícolas?, ¿lo único que tenemos en común es haber nacido en el mismo planeta? Aún más, en un mundo globalizado, ¿es eficiente y racional que cada individuo resuelva aisladamente cómo enfrentar *shocks* externos provenientes del mundo global?

La sociedad consiste en un orden social compartido, acuerdos básicos acerca del bien común y reglas del juego que permitan y faciliten el desarrollo humano. La sociedad se constituye en un espacio distinto del ámbito público estatal o privado mercantil. Es un interregno que no se copa por la acción del mercado o el despliegue de las opciones individuales y que no se reduce a la acción del Estado por medio de las políticas públicas o del sistema político. La sociedad constituye el colectivo que nos plantea normas de relación social. Aun en un mundo global, existe un *ethos* cultural y valórico que contribuye y facilita las relaciones entre las personas (Giddens, 1999).

El crecimiento económico es fundamental para elevar el estándar de vida y resolver los problemas sociales. ¿Cuáles son los factores determinantes del crecimiento?, ¿qué habría que hacer para que se distribuyeran equitativamente los beneficios del crecimiento? No hay una respuesta simple ni compleja para estas interrogantes fundamentales. En efecto, las “recetas” sugeridas por diversos modelos teóricos no han generado un crecimiento espontáneo y sostenido. Los economistas nos estamos dando cuenta de que la economía no es una “ciencia exacta”; la verdad es que no es ciencia y tiene poco de exacta.

Los primeros modelos teóricos explicativos del crecimiento económico enfatizaban la importancia de la acumulación del capital o incremento de la inversión, la incorporación de la tecnología moderna y el capital humano. Modelos posteriores han puesto el énfasis en una variada gama de reformas y políticas económicas que son necesarias para generar el crecimiento. El mensaje explícito consistía en plantear que si un país aplicaba las reformas y políticas correctas la consecuencia sería un crecimiento acelerado.

El consenso actual señala que “las instituciones importan”; aún más, “las instituciones importan mucho”. La implicancia central es que “las buenas instituciones desempeñan un rol más significativo que las buenas políticas económicas” para inducir el crecimiento (World Bank, 2005a).

Las diferencias de ingreso per cápita y diferenciales de productividad que hay entre países desarrollados y países en desarrollo no se logran explicar por los distintos niveles de capital, capital humano, uso de tecnología moderna y nivel de infraestructura. En otras palabras, si un país latinoamericano tuviera

niveles similares de capital, capital humano, tecnología moderna y nivel de infraestructura que EE.UU., no alcanzaría el nivel de productividad observado en los países desarrollados. La diferencia persistente está asociada al tipo de instituciones que hay en ambas partes. En breve, el proceso de desarrollo depende principalmente del cambio y modernización institucional más que de la acumulación del capital (Hoff & Stiglitz, 2001).

El conocimiento respecto de la “creación de instituciones” es un fenómeno cuyo interés entre los economistas es relativamente reciente (North, 1990; Meier & Stiglitz, 2001; Bowles, 2004). Las instituciones cumplen un doble rol: (i) Establecen las reglas de largo plazo del funcionamiento de la sociedad y de la economía; de esta forma acotan (pero no eliminan) la incertidumbre con respecto del futuro. (ii) Establecen el contexto para resolver los conflictos.

Respecto a las instituciones, se sabe más qué es lo que no hay que hacer, que lo que es conveniente efectuar para lograr buenas instituciones. Guste o no guste, la creación de instituciones requiere de la acción discrecional y activa del Estado y el gobierno con los partidos y coaliciones políticas para establecer los consensos requeridos. En consecuencia, una lección básica (para un país en desarrollo) sería que “no hay que buscar y aplicar las políticas óptimas (las que generalmente no existen)”. Para implementar las políticas es fundamental previamente efectuar un proceso de diálogo y convencimiento para lograr un consenso político y social respecto del tipo de sociedad futura que Chile quiere tener.

Santiago, junio de 2016

II. Prólogo a la Primera Edición (1994)

¿Por qué la Unidad Popular? ¿Por qué el Régimen Militar? Estas dos interrogantes inquietarán a varias generaciones de chilenos durante el próximo siglo; ¿es acaso prematuro comenzar ahora a buscar las respuestas? Es más, ¿es posible una evaluación ponderada del período transcurrido entre 1970 y 1990? En esos veinte años prevaleció un nivel de conflictividad tal que polarizó a la sociedad chilena; había dos Chiles y dos tipos de chilenos, los buenos y los malos. No había tranquilidad para un análisis sereno: abundaban las caricaturas. Tal vez hasta el país haya sido una caricatura. La intención de este libro es ir más allá de esa visión exagerada de las cosas.

La incompreensión del presente está asociada a la ignorancia del pasado; el pasado le da al presente sentido y significado. El carácter fundacional de los ideologismos que predominaron en el período 1970-90 apuntó a la destrucción del pasado y de la historia. De ahí la importancia de la reconstitución de la memoria histórica; esta cumple un papel social fundamental, por cuanto nos explica quiénes somos como país, relacionando el presente con nuestro pasado. Somos también lo que recordamos.

Por otra parte, el “peso objetivo de la historia”, en el sentido hegeliano, debe ser equilibrado por un examen analítico que permita asumir este pasado de forma madura. Cada generación tiene la obligación y el derecho de hacerle

sus propias preguntas a la Historia, de interpretar sus fantasmas particulares y utilizarlos como material de reflexión y como fuente de conocimiento. Este mismo pasado va a ser reinterpretado, entonces, por diversas generaciones.

El método histórico tradicional aplica una especie de proyección temporal regresiva: situado en el presente, el historiador estudia toda la información existente para intentar reconstituir acuciosamente el pasado que es objeto de estudio. Idealmente, el historiador querría disponer de una especie de máquina del tiempo que lo trasladara los siglos requeridos para presenciar directamente los hechos analizados, algo obviamente imposible.

Cabe entonces formularse la interrogante siguiente: ¿qué ventajas comparativas tendría un investigador del año 2094 en la comprensión de los eventos ocurridos en el período 1970-90? Suponiendo un progreso en la metodología de las ciencias sociales, el análisis del año 2094 sería más sofisticado, más distante y más sistemático que uno realizado en el presente; sin embargo, incurrirá en el riesgo de confundir la relevancia de los factores y de desconocer en toda su intensidad el entorno en el cual efectivamente transcurrieron los hechos. Quien está más próximo, quien está presente, quien ve, quien está ahí, tiene una percepción y una información insustituibles; es muy distinto vivir una experiencia que oír-la o leerla cien años después. Es indudable que el historiador del presente está expuesto al sesgo, formula juicios apasionados y probablemente carece de una perspectiva global, pero, en su análisis, lo relevante ocupará un lugar más prioritario que lo irrelevante.

¿Cómo tomar distancia del presente para incrementar el grado de objetividad en el análisis actual? Nuevamente, el ideal consistiría en disponer de la máquina del tiempo, que esta vez trasladase al historiador hacia el futuro. Como esto no es factible, habrá que buscar la mejor alternativa posible: un sustituto cercano del traslado temporal sería el traslado geográfico, una aplicación concreta del concepto “tomar distancia”.

Hay procedimientos diversos, no excluyentes, para llevar a cabo el traslado geográfico. El más simple consiste en que el cientista social se instala físicamente en el exterior para analizar lo sucedido en su país. Una segunda opción parte del supuesto de que un país subdesarrollado como Chile a la larga va a adquirir un grado de madurez, de conciencia y de capacidad de autocrítica similar a lo observado actualmente en los países desarrollados. En este caso, el traslado es de tipo mental, examinando la evaluación y el procesamiento de analistas europeos y norteamericanos de lo sucedido recientemente aquí en Chile, o bien imitando su razonamiento; implícitamente se está suponiendo que un analista chileno de fines del siglo XXI tendrá una percepción similar. Una tercera opción se centra en encontrar experiencias similares a la chilena de 1970-90 en la historia pasada de los países desarrollados y latinoamericanos; luego se estudia el tipo de análisis realizado 50 o 100 años después.

En este libro hay un gran esfuerzo por “tomar distancia” de los eventos recientes, utilizando todos los sustitutos de la máquina del tiempo descritos, para intentar así trasladar el análisis a la percepción que habrá a mediados del siglo XXI.

El propósito central no es una mera reconstitución objetiva de lo ocurrido; más bien interesa comprender y explicar por qué sucedió lo que sucedió, y analizar los factores que inducen a la sustitución de un paradigma del conocimiento por otro totalmente opuesto. En otras palabras, en estos 20 años ha habido cambios drásticos en la forma de análisis de la economía chilena, e interesa entender por qué se razonaba de una manera determinada en un período dado y qué es lo que influye posteriormente para adoptar principios tan distintos: por qué se creía lo que se creía y por qué cambiaron las creencias. Ello permitiría aprender a anticipar un cambio futuro en las creencias actuales.

Cada uno de los tres primeros capítulos es una unidad autocontenida. En cada caso se ha utilizado como base la literatura prevaleciente en el período analizado. El Capítulo 1 proporciona una visión global de 110 años de desarrollo chileno (1880-1990). El esquema de análisis corresponde a aquel utilizado con anterioridad al año 1970, que se extiende luego de manera sintética hasta 1990. El tópico central es el análisis del desarrollo económico chileno; la interrogante principal es: ¿por qué Chile no ha logrado superar el subdesarrollo?

El Capítulo 2 cubre el gobierno de la Unidad Popular. En este capítulo se examina la evolución histórica de la cuestión social y de la cuestión política, buscando los antecedentes de los planteamientos de la Unidad Popular, puesto que esta no surge espontáneamente en el año 1970. Esa visión de la Unidad Popular y la lógica de las reformas estructurales de ese período son contrastadas con los eventos económicos resultantes. La propiedad privada y el derecho de propiedad constituyen uno de los tópicos más conflictivos de esa época.

El Capítulo 3 trata del régimen militar. Dado su comienzo, resulta necesario partir con un análisis de la destrucción de la democracia chilena. Aquí se examinan las reformas económicas estructurales distinguiendo, a diferencia de otros libros y artículos sobre el tema, las reformas estructurales realizadas en las décadas del 70 y del 80. Además, hay un examen metodológicamente novedoso sobre las causas del colapso económico de 1982-83. El tema de la libertad económica y la libertad política constituye uno de los dilemas candentes en dicho período.

En resumen, la temática y las interrogantes predominantes en cada fase son los elementos que van condicionando la estructura de cada capítulo. El uso intensivo de la literatura generada y circunscrita a cada período tiene como objetivo identificar las ideas fundamentales y la estructura lógica de los diversos planteamientos.

El Capítulo 4, finalmente, plantea una síntesis tentativa centrada en el futuro y mirando hacia este pasado. En otras palabras, se revisan los mismos períodos ya examinados, pero ahora desde el futuro, no según la óptica del período en cuestión. Esto nos conduce a la herencia de la Unidad Popular y a la herencia de la dictadura militar. En la memoria histórica del siglo XXI las violaciones de derechos humanos van a ocupar un lugar especial.

Este libro ha sido escrito durante un período de cuatro años, 1990-93; hay varios artículos, e incluso un libro, que han sido presentados y discutidos en numerosos seminarios nacionales y conferencias internacionales y que constituyen un material de apoyo importante para la elaboración de los distintos capítulos.

III. Comentarios de Héctor Soto¹

Este es un libro ambicioso, potente, que mira el arco descrito por la economía política chilena a través de un siglo largo y convulsionado, traumático y controvertido.

Un siglo es mucho tiempo y, para un país al que le costó tanto reconciliarse con sus oportunidades históricas de desarrollo, yo diría que es el doble de tiempo. Durante este siglo el país hizo muchas apuestas, cosechó algunos retornos que fueron atendibles y se estrelló con fracasos que fueron estruendosos. Nos fue un poco mejor en las últimas décadas, pienso, pero no es que estemos aspirando al Nobel.

La ventaja que tiene la mirada de Patricio Meller sobre ese devenir es que permite sacar algunas lecciones, identificar desafíos que a lo mejor no hemos sido capaces de afrontar con éxito y trazar un horizonte de tareas pendientes para llegar a ser una sociedad no solo más acogedora, sino también más próspera.

Este libro es muy clarificador del destino asociado a las expectativas depositadas por diversos gobiernos en los distintos períodos históricos de nuestra

1 Héctor Soto es periodista, analista político, crítico de cine, profesor universitario y abogado. Ha sido editor de varias publicaciones y panelista estable en un programa de conversación radial.

política económica. Fuimos a lo mejor poco más que un fundo grande, una economía chica, bastante abierta y poco regulada entre 1890 y la crisis de la Gran Depresión, que a Chile llegó el año 1932 con una virulencia que no solo descuadró nuestros equilibrios macro, sino que también nos pasó la cuenta en términos de gran inestabilidad política.

Fuimos después una economía muy cerrada y recogida, cuando como sociedad optamos luego por un modelo de industrialización forzada que en principio nos sacó de la crisis, pero cuyos rendimientos después de 30 décadas de vigencia se fueron reflejando en tasas de crecimiento insatisfactorias y en enormes frustraciones sociales. Después de eso, hacia fines de los 60, entramos en lo que para Mario Góngora fue una espiral de planificaciones globales, un período en el cual el país fue quemando en corto tiempo los cartuchos de la revolución en libertad del presidente Frei, las banderas del socialismo con sabor a empanadas y vino tinto del presidente Allende y, también, con la devastadora crisis financiera de los años 82-84, el primer ensayo modernizador neoliberal de los *Chicago Boys* del régimen militar.

Así como las personas aprenden a porrazos, en algún momento este libro insinúa que los países aprenden a fuerza de cuadros que llegan a ser especialmente insostenibles y críticos. Chile se vuelve una economía monoexportadora a raíz de la victoria en la Guerra del Pacífico. Se recluye en el modelo de sustitución de importaciones con la Gran Depresión. Y la crisis económica y política de los años 70 deja la mesa puesta para el ensayo neoliberal de la dictadura.

Uno esperaría que cualquier país con semejantes experiencias algo debería haber aprendido. Uno esperaría que un país así tendría que sentirse fuerte y

estar inmunizado contra enfoques reduccionistas y las perspectivas aventureras acerca de su propio desarrollo. No sé, sin embargo, si nos sentimos tan fuertes y tampoco sé si estamos tan inmunizados.

En los cien años de política económica que Patricio Meller revisa subsisten lo que a estas alturas podríamos identificar como fatalidades muy porfiadas. En cien años no hemos logrado zafarnos del perfil de economía monoprodutora o, a lo menos, muy dependiente de una canasta reducida de materias primas. En cien años, todavía estamos lejos de cantar victoria en el imperativo de construir una sociedad menos desigual; es cierto que hemos avanzado en esta dirección, pero vaya que nos queda harto para hacer cumbre. En cien años, seguimos agregando poco valor a lo que producimos o, en cualquier caso, mucho menos de lo que deberíamos para competir con mayor seguridad en el mercado internacional.

En cien años, si bien logramos pasar del Chile rural de ayer al Chile urbano de hoy y si bien pudimos avanzar de la sociedad de pobres que fuimos a la sociedad de clase media que somos ahora, la verdad es que seguimos parados como nación en un terreno que es frágil e inestable, dadas las precariedades de nuestra fuerza laboral, dadas las brechas de equidad que seguimos teniendo, dados los déficits de nuestro sistema educacional, dados los problemas de productividad que estos últimos años comienzan a asomar como nubarrones en nuestro horizonte económico y dada, en fin, la dependencia que tenemos del entorno económico externo (factor que no vamos a poder remover, porque pareciera ser que la única manera de desarrollarnos es manteniendo la economía abierta).

No hay espacio, por lo tanto, en función de nuestra experiencia, para miradas triunfalistas.

Diría que esta es la gran conclusión de este libro. Leyéndolo, claro, uno puede reconocer momentos en que lo hicimos mejor que otros. Uno repara también en que más de una vez nos equivocamos medio a medio. Pero también repara en que no hemos clavado la rueda de la fortuna, entre otras cosas, porque la economía siempre es un escenario abierto a que se descuadren las variables del equilibrio fiscal, del empleo, del consumo, de la inversión, del tipo de cambio, del precio de nuestras exportaciones y no, en último lugar, a que se descuadren, esto es, se sobregiren, nuestras propias, crecientes y a veces desbordadas expectativas de superación y bienestar.

Patricio Meller plantea que, no obstante nuestra tendencia como nación a tropezar dos veces con la misma piedra, hemos construido un consenso más o menos amplio en torno a verdades sencillas. En general, es sano que el sector público cuide sus equilibrios entre sus ingresos y sus gastos. En general, es recomendable que el Estado y el mercado se complementen, porque ni el mercado ofrece siempre las mejores soluciones para hacer coincidir el interés privado con el interés social, ni tampoco el Estado tiene las espaldas suficientes para generar por sí solo riqueza, trabajo y desarrollo, en proporciones que alcancen para todos.

En general, es positiva y muy saludable la estabilidad: la estabilidad de los precios, la estabilidad de las reglas del juego y la estabilidad de las instituciones. En general, es muy importante el crecimiento; no significa eso que la eficiencia y la distribución no sean importantes, pero pareciera estar com-

probado que si no hay dinamismo y expansión de la actividad productiva, va a ser doblemente difícil corregir los problemas de productividad y de falta de equidad de la economía. En general, es clave la calidad de las instituciones, en términos de que puedan garantizar transparencia, que puedan generar confianza y que puedan asegurar respeto a los derechos de los distintos actores del proceso económico y de la vida en comunidad.

Los dos últimos capítulos del libro –el cuarto se titula “Lecciones del pasado para el futuro” y el quinto “El debate económico-social posdictadura”– son apasionados, apasionantes y, posiblemente, supongo, los más controvertidos. Tiendo a creer que el autor los pensó, los concibió y los escribió teniendo sobre todo en mente el propósito de refutar la crítica que venía de la derecha y del pensamiento económico neoliberal más ortodoxo a la gestión de los gobiernos de la Concertación.

Y lo que me ocurre es que no sé si esa crítica, proveniente, como digo, principalmente de la derecha, sea la que hoy tiene más en entredicho a nuestra estrategia de desarrollo. Porque, hasta donde yo veo, la crítica es mucho más demoledora y radical cuando proviene de quienes piensan que la Concertación –con ajustes más, ajustes menos– se limitó a administrar el modelo (cosa que también piensa una parte de la derecha) y que, al limitarse a eso, defraudó la promesa del cambio sustantivo que estuvo implícita en la gesta ciudadana de la oposición a la dictadura (cosa que es lo que piensa la izquierda, la izquierda que no se siente a gusto en la vertiente socialdemócrata de la Nueva Mayoría y la izquierda constituida por los nuevos grupos autónomos que no son parte de la coalición oficialista).

Para toda esta gente, la comparación entre las cifras de la dictadura y las cifras de la democracia, en realidad, no es muy relevante. Al contrario, muchas veces es motivo de furia, de indignidad y de vergüenza. Siento que las puntualizaciones entre los resultados que corresponde adjudicar al gobierno militar y los que corresponde atribuir a los gobiernos democráticos son valiosas y hablan muy bien de la gestión económica y social de la Concertación. Pero –y lo digo con la misma franqueza– a veces el puntillismo de estas comparaciones me recuerda esos juegos que traían los diarios antes donde teníamos que encontrar las siete diferencias entre dos monos prácticamente iguales. Algo de eso, mucho de eso, siento que puede haber en estos ejercicios.

Lo que quiero decir es que nuestra estrategia de desarrollo está muchísimo más cuestionada –ustedes dirán si contra las cuerdas o si solo se trata de bravucones– no por los fanáticos de los textos de Hayek o Von Mises, no por los nostálgicos del Estado chico y del *laissez faire*, sino por quienes creen que hay que volver al Estado protagónico, tanto en la producción como en la distribución.

Sobre los grados de continuidad y de ruptura que tuvo nuestra transición política, tengo sentimientos encontrados. Y porque los tengo, creo que finalmente me quedo con la mirada que recientemente desplegó Daniel Mansuy en su libro *Nos fuimos quedando en silencio* y que detecta un área de convergencia entre la gestión económica de los años finales de Pinochet y los primeros gobiernos de la Concertación. Fue una convergencia que, por razones políticas atendibles, nunca pudo ser explicitada y reconocida. Era un tema incómodo para la Concertación e innecesario para la derecha. Y creo que fue por eso, en la sociedad crecientemente despolitizada de los años 90, en los años –no lo

olvidemos— posteriores a la caída del Muro y del derrumbe de los socialismos reales, que ambos mundos, el de la centroizquierda y el de la derecha, optaron por quedarse en silencio.

Amigas y amigos, es impresionante el caudal de datos, de cifras, de pensamiento crítico y de reflexión técnica dura que recogió y elaboró Patricio Meller para dar cuenta de la economía política chilena del último siglo. Sus aportes nos obligan a matizar: así como la economía de comienzos del siglo XX no fue un paraíso, así también el período desarrollista de la CORFO y los gobiernos radicales y siguientes tampoco fueron un infierno. El libro es claro en señalar que a partir de los años 60 la política se comió a la economía y es posible, me imagino, que entre otros factores, por esta circunstancia, la democracia chilena haya colapsado.

Como quiera que sea, me parece un ejercicio fascinante a partir de este libro perfilar al país real que está detrás de los períodos que Patricio Meller va analizando. La economía, la más fría de las ciencias sociales, no es para nada inmune a los ideales, a los valores, a las esperanzas y a las urgencias sociales. Por lo mismo, a partir de este libro, me parece una experiencia muy desafiante imaginar qué alternativas tenemos por delante para ir saldando las cuentas que como nación tenemos pendientes. ¿Qué va a pasar en Chile con el empleo?, y no me lo pregunto solo por la revolución tecnológica que viene, que va a destruir muchos empleos, sino también porque el sector servicios ya pasó a explicar parte importante del trabajo en nuestro país, lo cual no es una buena noticia, dado que la mano de obra de este sector con frecuencia es poco calificada y no agrega mucho valor. ¿Cómo vamos a resolver —otra pregunta— la

correlación entre el bienestar que queremos y el horizonte de estrechez que se perfila en una economía que está creciendo poco? ¿Cómo vamos a afrontar, más allá de la pobreza dura que sigue existiendo, esa otra pobreza que está hundiendo a miles de jóvenes en las disociaciones de la droga, el comportamiento antisocial y la marginalidad? ¿Qué vamos a hacer para desarticular la bomba de tiempo que el sobreendeudamiento ha estado cargando en los últimos años en la mochila de muchas familias chilenas? ¿Cómo vamos a manejar la evidencia de un país que está relativizando sus ventajas competitivas en el contexto regional, puesto que el nivel de precios de nuestra economía, mano de obra incluida, ya no es tan bajo y la productividad tampoco tan atractiva?

No son meras preguntas, Patricio. Son veladas, discretas exhortaciones a que sigas investigando y escribiendo respecto de estos temas otros libros, con la misma claridad que lo hiciste en este.

IV. Comentarios de Sol Serrano²

Quisiera partir recogiendo el guante que Patricio Meller nos ha lanzado a los historiadores para pensar desde el futuro y jugar este juego con su propia obra que hoy lanzamos.

¿Cómo será leído *Un Siglo de Economía Política Chilena 1890-1990* en el año 2094? Veo dos lecturas. Una como historia de la historiografía, es decir, como material para nuevas investigaciones sobre el período en cuestión en el que esta obra será una referencia obligada. La otra es como una fuente primaria de nuestro tiempo, como una huella locuaz de la sociedad chilena de la última década del siglo XX.

La primera será una clásica discusión de historiadores que encontrará aquí luces revisionistas de gran valor. De más está decir que no soy especialista en historia económica, pero desde mi distancia del campo me asaltan algunos temas que reconozco no haber calibrado en su debida profundidad. ¿Qué habría pasado con Chile, por ejemplo, si no hubiera ganado la Guerra del Pacífico? Quizás su historia habría sido semejante a la de quienes la perdieron. Así, un aconte-

2 Sol Serrano es licenciada en Historia de la Universidad Católica de Chile; obtuvo un Master of Arts en la Universidad de Yale y un Doctorado en Historia en la Universidad Católica de Chile. Ha sido investigadora visitante y miembro asociado de instituciones como El Colegio de México, la Universidad de Oxford, la Universidad de Notre Dame y la Universidad Paris I, Panteón-Sorbona.

cimiento tan medible como una guerra ha tenido consecuencias radicales para nuestra historia no solo de ayer, sino de hoy. Pero con la misma fuerza surge la otra pregunta. ¿Por qué la ganamos? No son las cifras del comercio exterior las que responden esa pregunta, que como bien demuestra Patricio aparecen como irrelevantes antes de 1880, sino una historia más antigua que se remonta a la conformación de nuestra institucionalidad. En alguna ocasión anterior le reprochaba a nuestro autor su desenfado respecto del período 1830-1880 donde parecía que “no pasaba nada” por las magras cifras exportadoras. Pero en ese período se construyó ni más ni menos que el Estado nacional, sin el cual no habríamos ganado esa guerra y las cifras exportadoras de cierta relevancia tendrían que haber esperado mucho tiempo para aparecer en una obra de Patricio Meller.

Me resulta también extraordinariamente sugerente y muy poco tratada en nuestra historiografía la relación entre crecimiento económico y demográfico, aquel salto que se pega Chile a mediados de siglo y cuyas consecuencias, no solo económicas, sino de todo orden, todavía no calibramos. Patricio Meller apunta a un tema crucial que los historiadores estamos recién mirando de frente, como es la relación entre democratización o ampliación del electorado y la crisis de la democracia chilena. Allí tenemos un tremendo tema que pondrá en jaque nuestra visión de nosotros mismos como un país de tradición democrática. Quizás tendremos que pensar que nuestra tradición, en realidad, reside en la fuerza de nuestra institucionalidad, que no es lo mismo, aunque se le acerque, a la democracia.

La visión a largo plazo sobre el ritmo del crecimiento económico chileno hará que muchas afirmaciones pierdan su rigor y se transformen en lugares comu-

nes cuando comparamos la *performance* económica de las tres grandes etapas aquí tratadas: la monoexportadora con inversión extranjera, la estrategia de Sustitución de Importaciones y la de mercados libres con apertura externa e inversión privada. Así como creo que las dos primeras son comparables como etapas cerradas, no me parece justo comparar la última en las mismas condiciones, porque es un proceso en pleno desarrollo. Los juicios aquí no me parecen equivalentes.

Dará mucho también que decir su análisis de la política económica del gobierno militar, tanto por el análisis interno de la misma como por su relación con el marco histórico global.

En fin, podría señalar muchos tópicos en los cuales este libro es crucial para la historiografía chilena por innovador, por sólido, por provocador. Entre otras cosas, nos dice que los historiadores tenemos una mirada logarítmica del pasado y por más que he tratado de averiguar no sé si es una ofensa o un halago. Me suena más a la primera.

De hecho, mientras leía el libro, pensé que mi comentario iría por el lado historiográfico y que me referiría al talento con que Patricio trata esa difícil articulación en el trabajo histórico entre el tiempo largo y el tiempo corto, el tiempo del proceso y del acontecimiento. Pensé que me centraría en su tratamiento de la Unidad Popular no tanto en lo que fue, sino porque es un período asombroso para tratar precisamente ese problema: un período de crisis y de ruptura, muy corto, cuya explicación no se agota en el tiempo largo, sino también en la coyuntura, un tiempo corto de ruptura que, al contrario de otros

en la historia, no dejó nada de su propio proyecto, que dejó solo la ruptura y, por tanto, el vacío para la construcción de una etapa radicalmente distinta.

En fin, creí que me referiría a los aspectos políticos que acompañaron a cada una de las fases de la política económica aquí tratadas. Y sin embargo, cuando terminé la lectura, mi ánimo ya estaba en otro lado, ya no tanto en su relevancia historiográfica, sino en su relevancia histórica. Es decir, en su valor como expresión del presente.

La ciencia histórica, o el oficio de historiador como prefiero llamarlo para que su artesanía limpie todo viso de pedantería, no es un subsidio a la imposibilidad material de trasladarse a través de la máquina del tiempo hacia el pasado, como parece sugerirlo nuestro autor en su introducción. Si dispusiéramos de tal máquina, claro que la usaríamos para aprender a través de los sentidos, algo que las huellas desgraciadamente han perdido. Pero nos saldríamos rápidamente de ella después de un paseo alucinante, porque no es el pasado en sí lo que nos interesa, es el pasado en cuanto lo miramos desde el presente, con los ojos del presente y por sobre todo con las preguntas del presente. ¿Nos interesaría meternos a la máquina del futuro? Quizás como turistas, pero no como historiadores para robarle sus ojos. Los ojos del pasado y del futuro existen solo en la medida de los ojos vivos del presente, de un presente único, irrepetible del cual solo nosotros los vivos somos propietarios.

Cuando decimos con frecuencia que quisiéramos mirar desde el futuro, creo que en realidad es una metáfora para decir que quisiéramos mirar desde la profundidad temporal del presente; no mirar desde adelante, que de nada nos

sirve porque no somos nosotros, sino desde abajo, desde ese sedimento confuso donde se construye la larga duración y allí es donde la historia empieza a tener sentido. La historia no sirve para que las tragedias se repitan. Sirve, a lo más, como conciencia de la dirección de los cambios y de la fuerza de las inercias. Pero sirve para algo más en lo cual yo no había reparado profesionalmente, sino vitalmente a raíz de nuestra propia experiencia. Algo que los antiguos sabían bien: sirve para moldear la templanza y para afinar la dignidad. Hay algo de eso en esta obra que me resultó conmovedor.

Volvamos al 2094. Decía que nuestro libro será leído como historiografía y como huella de la historia y recurrirán no solo los economistas y los historiadores económicos, sino también los historiadores de la cultura. En algún momento estudiarán cómo y cuándo la sociedad chilena empezó a manifestar la angustia de la negación del pasado, cuándo el fetichismo del presente y la idolatría solitaria del futuro comenzaron a mostrar sus pies de barro. Cuándo el pasado cortado pudo empezar a ser recuperado, porque fuimos perdiendo el miedo y pudimos hablar de nuestro miedo a veces con rabia, con horror, con ira moral, a veces con sarcasmo o con hipocresía, a veces con nostalgia y cariño.

Esa historia no podemos escribirla hoy, no por ser cercana, no por riesgo al sesgo subjetivo, sino porque sencillamente estamos recién empezando a vivirla. La ventaja que tendrá sobre nosotros el investigador del año 2094 será, para mí, solo una: ellos sabrán si pudimos o no recuperar nuestra memoria, si la negación será un proceso concluido que derivó en una mayor densidad cultural de nuestra convivencia o si, por el contrario, optamos por una forma de modernizarnos tan ansiosa y parcial que tuvo por efecto degradar la polis.

Entonces la obra que hoy presentamos aparecerá o como un síntoma de un proceso de su tiempo o como una voz solitaria y derrotada.

De que aparecerá, estoy segura. No sé cómo se llamará la crónica que relate nuestra relación tan traumática con el pasado, pero apuesto diez a uno que un capítulo comenzará diciendo algo así como:

“En la segunda mitad de la década de los 90, cuando los miedos propios de la transición ya se habían despejado, cuando el país finalmente llevaba una década de crecimiento sostenido, cuando la economía chilena se internacionalizaba los empresarios chilenos invertían afuera, cuando el sistema político parecía tan sólido y estable que las elecciones dirimían los liderazgos, pero no las alianzas gobernantes, cuando finalmente los consensos rindieron sus frutos después de tanto desencuentro, empezaron a levantarse voces incómodas sobre los silencios, sobre la cara oscura del éxito. Primero fue el mundo de la cultura el que quiso rescatar la memoria, pero lo interesante es que fue un fenómeno más amplio. Un señero economista, dedicado a la econometría, doctor de la Universidad Berkeley, escribió un libro que en su primera página decía ‘Somos también lo que recordamos’. Y ese libro no era de poesía, ni una crónica de familia, ni una obrita escrita los fines de semana editada con los fondos familiares. No era la *belle de jour* de este economista. No. Era un libro de economía, con fórmulas econométricas, con miles de cuadros y cifras. Era un libro que estaba en el corazón de su propia disciplina. Y comenzaba diciendo ‘Somos también lo que recordamos’. Quizás ese sea el título del libro del 2094”.

Patricio Meller vuelve con este libro a rescatar una antigua tradición no solo entre nosotros, sino en la disciplina de la economía política que, como ustedes sabrán mejor que yo, empezó a ser estudiada como parte de la filosofía moral y más tarde como parte del derecho. Una economía política que, en lenguaje dieciochesco, era inseparable del buen gobierno y de la virtud cívica, y en el lenguaje decimonónico, inseparable de la ciudadanía y de la nación. Así lo entendió José Joaquín de Mora al idear el primer curso de Economía Política en el Colegio de Santiago de 1829. Así lo entendió Andrés Bello, que impulsó la cátedra más tarde en el Instituto Nacional; incluso así lo entendió Courcelle-Seneuil y su discípulo Zorobabel Rodríguez. En fin, fuera o dentro de las aulas y desde distintas escuelas de pensamiento, así lo entendieron también un Guillermo Subercaseaux, un Daniel Martner y más recientemente un Aníbal Pinto. Esa tradición se había debilitado y hoy se fortalece.

Permítanme, entonces, ser optimista. Patricio se pregunta en este libro por qué hemos sido subdesarrollados. A pesar de todas las críticas al seudotriunfalismo del momento que vivimos y a pesar de que es inherente a la profesión de historiador el pesimismo, me inscribo sin dudarlo en los que creen que sí, que esta vez lo vamos a lograr, que me parece uno de los momentos más promisorios y expectantes de nuestra historia. Que a pesar de todo, lo estamos haciendo bien. No tengo ninguna nostalgia por el pasado, ni del cercano ni del remoto. Miro el pasado sin ningún afán edificante. No creo que la tradición tenga derechos por sí misma. Desde esa perspectiva, tengo un temor que me embarga: que se debilite aquello que entre nosotros sí creo que ha sido una tradición encomiable, no siempre exitosa, pero presente como dimensión del quehacer general y sin la cual no estaríamos viviendo el momento de hoy:

nuestra tradición republicana, la vocación por formar la polis, la preocupación por el tejido moral de nuestra convivencia.

Así como hemos disociado entre pasado y presente, parece que también lo hacemos entre economía y política y entre política y moral. Pero los tiempos están jaspeados y hay muchas señales que buscan reformular esa unidad en una nueva etapa de nuestra historia.

Un Siglo de Economía Política Chilena es una poderosa señal en este sentido. Por eso aparecerá no solo en nuestra historia económica, sino también en nuestra historia cultural. Patricio Meller ya no es solo el destacado economista que siempre ha sido, es también un intelectual. Un intelectual que pasa a formar parte de la más noble de nuestras tradiciones, aquella que precisamente forjó Andrés Bello: la tradición intelectual republicana chilena.

Entonces, por un momento quisiera de nuevo meterme en la máquina del tiempo, pero esta vez para ir al pasado y arrogarme la voz de muchos caballeros que también formaron parte de este claustro y en nombre de ellos darte la bienvenida.

V. Comentarios de Consuelo Saavedra³

Es muy impresionante estar en CIEPLAN y ver a todos los... ¿cómo se dice? *Cieplaninos*, ¿ese es el gentilicio? o ¿*Cieplanoides*? (risas), porque son como una raza, como un planeta. Este lugar es muy importante, no solo para la historia económica de Chile, también para la historia política de nuestro país. Es un honor estar en un lugar donde se siguen generando ideas, donde se sigue discutiendo, donde se sigue compartiendo conocimiento.

Hay algo que no le conté a Patricio cuando me invitó a participar en este lanzamiento y es que el primer y único ramo que reprobé en la Escuela de Periodismo fue Historia Económica. Y lo reprobé muy mal. No se lo dije, quizás para que no se arrepintiera de invitarme. Esto es para mí, entonces, una suerte de reivindicación.

Entrando en materia, este es un libro que para quienes nos interesa la historia del país, y más allá de no ser economistas, ayuda a poner muchísimas cosas en perspectiva. Describe y analiza más de cien años de nuestra historia económica y también –lo que no es nada menor– la relación de esa historia con el devenir político y social. Como periodista más generalista, no pretendo hacer un aná-

3 Consuelo Saavedra es periodista y presentadora de televisión. Obtuvo una Licenciatura en Comunicación Social en la Universidad Católica de Chile y un Magíster en Administración Pública en la Universidad de Harvard, Estados Unidos.

lisis técnico del libro, como hizo el ministro Eyzaguirre. La idea es compartir con ustedes preguntas que me fueron surgiendo a propósito de su lectura y que quizás Patricio puede responder a continuación si lo estima pertinente.

Evidentemente, estamos ante un libro de historia, pero en este en particular –y Patricio es explícito al respecto– está esta idea de que entendiendo el pasado y haciendo memoria, uno puede comprender mejor por qué estamos donde estamos, cómo llegamos aquí y ojalá, en el mundo ideal, no repetir los errores (si bien los errores nunca son los mismos, porque las circunstancias económicas, históricas y políticas tampoco son las mismas). Sin ir más lejos, repasar la historia de la crisis del salitre es muy pertinente a la discusión que tenemos en este momento en Chile respecto del cobre. O recordar episodios como la burbuja del primer año de la Unidad Popular, como la repasa Patricio, es muy potente, es muy interesante para poner ciertas alertas hacia el futuro.

En ese sentido, uno de los elementos que plantea el libro desde la página uno es la dicotomía mercado/Estado, y él dice que ya está superada y que hoy todo el mundo está de acuerdo en que necesitamos más Estado y más mercado en el contexto de cómo tener mayor crecimiento. Y uno que tiende a ponerse en el presente, se pregunta si de verdad existe ese supuesto acuerdo hoy en día sobre la necesidad de tener más mercado y más Estado. Porque en la actual discusión política eso no es algo que me aparezca, algo que esté tan presente o tan claro, o mejor dicho, quizás, ¿cuánto de cada uno?, ¿cuál es el complemento?, ¿cuál es el equilibrio necesario para el momento en que está nuestro país?

A diferencia de lo que ocurrió, quizás, en todo el período de los años 90, cuando el mundo político y la tecnocracia decía tener meridianamente claro

lo que había que hacer, hoy no me parece que haya tanta certeza entre todos los actores del país sobre qué exactamente y cómo hay que enfrentar esto del mercado y el Estado.

Vinculado a lo anterior está la pregunta de si en Chile habremos dejado atrás lo que Patricio en un minuto describe como la trilogía valórica de la sociedad chilena de fines del siglo XX, esos pilares en que se fundaba el sistema y donde el equilibrio macroeconómico y el gradualismo eran parte fundamental, así como los consensos. No sé si eso ya no es válido o hacia qué forma de avanzar estamos evolucionando.

Tercero, este libro gira en torno a estrategias de desarrollo y políticas que promuevan el crecimiento para todos, y me pregunto si acaso ese objetivo dejó de ser un valor en el actual discurso político. ¿Por qué hoy para algunos decir crecimiento económico es algo mal visto? ¿En qué minuto sucedió eso? Probablemente porque, como afirma Patricio, el crecimiento se vuelve un objetivo prioritario colectivo cuando todos perciben que se benefician de él de igual manera, y esa percepción hoy no existe en Chile y esa realidad tampoco existe en Chile. Entonces, lo que me pregunto es qué tendría que pasar para que hablar de crecimiento económico a nivel no solo de los economistas, sino de discurso general en este país, volviese a ser considerado como un valor.

Algo muy aleccionador en el libro para quienes –como yo– sabemos menos de estos temas es ver cómo el proceso político de Chile, cómo algunas de las cosas que mencionaba Nicolás, la incorporación de más gente al voto, la organización de los sindicatos, los ciclos políticos, cómo todos esos procesos van

influyendo en las buenas y malas decisiones económicas que se han tomado en el país. Y sería interesante saber si Patricio ve en el Chile de hoy elementos sociales o políticos que puedan llevar a tomar buenas o malas decisiones.

Y por último, otro asunto que aparece bastante y sobre todo hacia el final del libro es la reflexión sobre el hecho de que no son solo las políticas económicas las que garantizan el crecimiento de un país, sino que las instituciones: la calidad de las instituciones juega un rol fundamental. Si esto es así, ¿qué vamos a hacer en Chile en un período en que las instituciones están tan tremendamente cuestionadas? Y si como afirma Patricio, el buen desempeño económico depende de la credibilidad de las instituciones, ¿cómo vamos a hacer? O sea, ¿basta tener instituciones que sean de calidad o también esas instituciones tienen que ser percibidas por la gente como instituciones de calidad? En suma, ¿hasta dónde los niveles de desconfianza que hay en Chile hoy en día pueden terminar afectando el desarrollo económico?

Hoy las personas no tienen certeza, y Patricio lo plantea en el libro: estamos en un mundo globalizado, donde los parámetros en los que nos movemos son muy diferentes a los de antes, donde no hay seguridad económica, no hay certeza sobre a qué nos vamos a estar dedicando en diez años más, casi no hay a quién creerle, la gente quizás no sabe a quién creerle, hay decepción, quizás incluso desprecio por muchas de las cosas que se han logrado y que hasta hace poco tiempo celebramos. Todo parece distinto, pero tal vez hay elementos en los que apoyarnos y que vienen desde atrás. Entonces, cómo puede orientarnos la memoria. De qué manera la historia que Patricio recorre en estas páginas nos puede ayudar a salir de este nudo político en que estamos hoy.

VI. Comentarios de Nicolás Eyzaguirre⁴

En esta presentación intentaré seguir el esquema que Patricio Meller usa en su libro para mostrarnos un siglo de historia económica chilena. En primer término, recorreré las distintas etapas que plantea el autor, a propósito de las cuales va planteando diversas interrogantes; y en una segunda parte, tal como lo hace Meller, recogeré algunas discusiones desde el presente.

Para mi análisis, dividiré de una manera ligeramente distinta los períodos históricos. Partiré por lo que en literatura se llamó normalmente la *Belle Époque*, una época de consolidación del capitalismo como resultado de la Revolución Industrial en Europa que llevó a un gran auge en la producción de materias primas en Chile. Vemos que, en ese escenario, nuestro país tuvo un desarrollo bastante importante (ver Tabla 1), con un crecimiento promedio del PIB de 3,4 % anual, bruscamente detenido a inicios del siglo pasado y luego recuperado muy parcialmente en el período de entreguerras. Se observa que entre la Primera y la Segunda Guerra, que incluye la Gran Recesión, por eso llamado período de crisis, el crecimiento promedio anual del PIB descendió a un 2,6 %.

4 Nicolás Eyzaguirre es ingeniero comercial y magíster en Ciencias Económicas de la Universidad de Chile. Cursó estudios de doctorado en Economía con especialidad en Macroeconomía y Comercio Exterior en la Universidad de Harvard. Ha sido ministro de Hacienda y Educación de Chile. Actualmente es ministro Secretario General de la Presidencia.

Si observamos el período posterior, la etapa denominada de Sustitución de Importaciones (ISI), tal como dice Meller, no fue tan mala en términos del crecimiento del producto. Pero, habida cuenta del acelerado crecimiento de la población, y, contrariamente con lo que ocurre en los países desarrollados, el crecimiento per cápita va desacelerándose, generando la crisis que se produce en esa época en la sociedad chilena.

En el periodo siguiente, a partir de 1974, vemos que, cualquiera sea el indicador que usemos, el crecimiento de la economía aumenta. Así, observamos un crecimiento promedio del producto de 4,4 % en los últimos 40 años, mucho más fuerte a partir de 1990, y un crecimiento del producto per cápita de 3%, que duplica o triplica lo que habíamos observado en nuestra historia.

Tabla 1
Crecimiento y Convergencia de Chile con países desarrollados, según períodos

	Variación del PIB	Variación PIB per cápita	Tasa de convergencia*
1870-1913	3,4%	1,5%	0,4%
1914-1945	2,6%	1,2%	-0,5%
1946-1973	3,3%	1,1%	-2,4%
1974-2014	4,4%	2,9%	1,0%

(*) Tasa de convergencia con «países desarrollados».

Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos de FMI y The Madison Project.

¿Cuál es la cronología que conocemos de la *Belle Époque* en Chile? El primer período se caracterizó porque la apertura de los mercados internacio-

nales generó una gran posibilidad de exportación del salitre que, aunque no arrastró excesivamente al resto de la economía, sí le produjo un importante dinamismo, cuestión que recoge también Aníbal Pinto en “Chile: un caso de desarrollo frustrado”. Pero hubo también elementos preocupantes. Aunque Chile tuvo una gran fuerza a la hora de dominar los yacimientos del salitre, incluida una guerra, no tuvo la misma fuerza para explotarlos, ámbito que generalmente se entregó a concesiones extranjeras, en particular de ingleses. Eso puede ser explicable en una primera etapa, cuando como país no contamos ni con el capital humano, ni con la tecnología, ni con la capacidad empresarial. No obstante, es menos justificable cuando transcurren los años y continúa este patrón, un tanto *cómodo*, de extraer rentas de las empresas extranjeras.

Otro elemento que también destaca Meller es que estas rentas que se extraían de inversiones extranjeras en el salitre reemplazaban, en alguna medida, la carga tributaria que probablemente podía endosarse a los residentes mediante impuestos directos o indirectos. Y, por tanto, esta parte era dilapidada por la elite, en general, para mejorar sus propias condiciones de vida. Obviamente, cuando se usa así el excedente, se descuida por completo la construcción de capital físico, como infraestructura, y de capital social, como educación y otros.

En una segunda parte veremos que esto contrasta con la experiencia de otros países del Nuevo Mundo, y un claro ejemplo de ello es Canadá. También se puede hacer una comparación con Australia y Nueva Zelanda que, partiendo de un lugar parecido al nuestro en el siglo XIX, en términos de su producto, comienzan a marcar una diferencia muy notoria con nosotros en ese mismo plano.

Finalmente, sabemos lo que ocurrió con el salitre. Se cae en una crisis fiscal y de balanza de pagos, lo que se traduce en bajo crecimiento en el período de entreguerras; la economía anda a tientas, intentando reponer parcialmente sus exportaciones, y comenzando –sin que hubiese una estrategia definida como tal– un camino de sustitución de importaciones.

De esta manera, tras el período de entre guerras, aparece en gloria y majestad el modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones. Esa estrategia –como es comentada por la CEPAL– desgraciadamente tampoco fue capaz de revertir el problema, aun cuando en términos brutos logró el aceleramiento de la producción industrial, que crece como nunca antes en este lapso.

Con el tiempo, dicho modelo comenzó a mostrar fuertes problemas de sustentabilidad. Porque se sustituyó la última parte del proceso productivo industrial, ligado al consumo final, sin ser capaces de desarrollar tecnología y capacidad productiva en los bienes intermedios y en los bienes de capital; por tanto, la crítica dependencia de la capacidad de importarlos continuó. Además, con una situación de altos aranceles, se generó un sesgo antiexportador y la economía entró en una profunda dependencia de bienes intermedios y de capital. Dicho sesgo tenía una permanente tensión por su veta externa. Así, tal como en la etapa de la *Belle Époque*, no se usaron los excedentes para ir generando capacidades endógenas de desarrollo.

En el modelo ISI, aunque hubo algo más de participación de los beneficios de las clases populares, en los sindicatos, y hubo algo más de inversión infraestructura, de hecho nació la CORFO, en general lo que sucedió fue una sustitución frívola, solamente de la última parte del proceso productivo industrial,

y no se desarrolló en el país ni educación ni la capacidad empresarial para comenzar a sustituir las otras etapas.

Otra cosa que llama mucho la atención en este período es que el intento por eliminar la dependencia “mono exportadora” se hace volcándose al otro extremo de la cadena productiva; es decir, yéndose a las industrias sustitutivas de importaciones y en ningún caso a diversificar más la estructura de exportación o a encadenamientos que estuvieran más en la vecindad. Si bien los exportadores eran vulnerables a los vaivenes de la economía, no teníamos por qué optar por una solución en el otro extremo. ¿Por qué no hubo una protección a una industria naciente? Una respuesta dice relación con la incapacidad de las elites de construir capital social y de desarrollar otros temas que no fueran ventajas estáticas de nuestra economía. Los esfuerzos de una industria local estuvieron más ligados al consumo de los sectores más acomodados y no a una estrategia sostenida de desarrollo.

Así, resulta interesante mirar qué le pasó a la economía chilena (ver Tabla 1) en términos de la tasa de convergencia, es decir cómo es nuestro PIB en relación al promedio de los países desarrollados. Si hacemos la comparación con el nivel medio de los países desarrollados, tenemos efectivamente que en Chile había una tasa de convergencia no despreciable de medio punto por año durante un largo lapso de 50 años. Luego, se comenzó a divergir ligeramente en el período de entre guerras y ya dramáticamente en el período de la estrategia de sustitución de importaciones. Hay que observar que en dicho período el crecimiento bruto no es malo, de 3,3%, pero el per cápita, de sólo 1,1 %, sí lo es, por el crecimiento demográfico. Ese es el momento en que el mundo explota en términos

de productividad, y por ello los países desarrollados crecieron más que nosotros y comenzamos a alejarnos notoriamente de ellos.

El último tiempo, a partir de 1974 según los períodos levemente ajustados que he propuesto, no sólo ha sido bueno en cuanto a números absolutos y per cápita, sino que nuevamente Chile ha empezado a converger a una tasa promedio de 1 % anual, cerrando la brecha respecto a los países desarrollados, y más rápidamente del 90 hasta ahora.

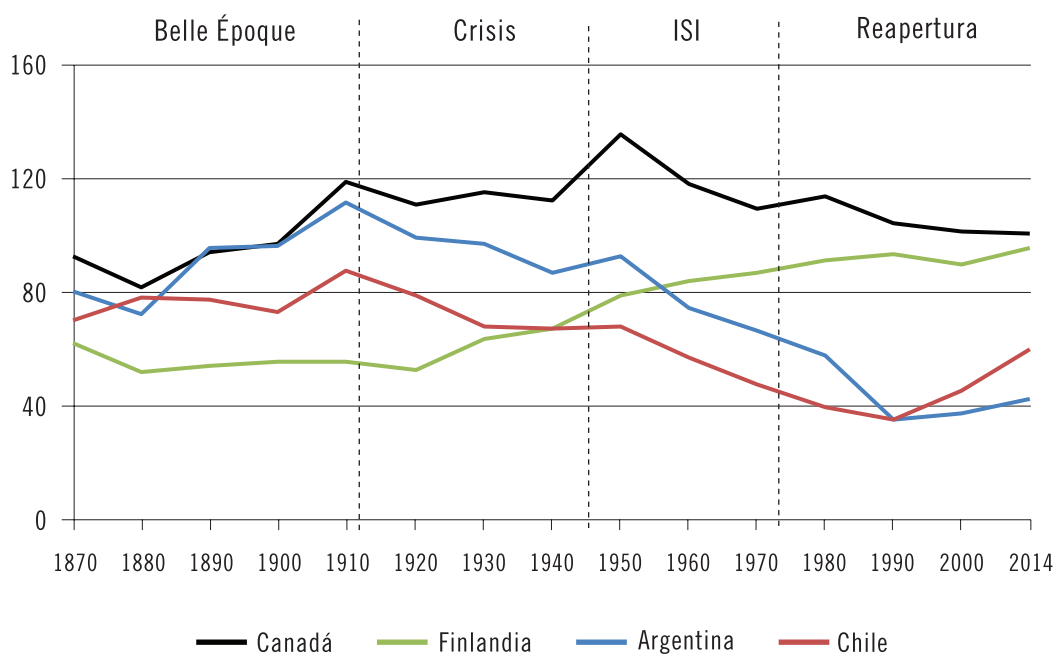
El diagnóstico de los gobiernos de Frei Montalva y de Salvador Allende, como señala Meller, estuvo más relacionado con la estructura de propiedad de los factores productivos. La reforma agraria en el gobierno de Frei Montalva, y la completa nacionalización del cobre en el caso de Allende, junto con la profundización de la reforma agraria y la expropiación de los monopolios industriales. Pero, en esa época no hay una lectura de que lo que en definitiva nos falta son plataformas transversales, de capital humano, de capacidad empresarial, y de que estamos con nuestra matriz productiva ubicada en un entorno inconveniente desde el punto de vista de nuestras ventajas comparativas, ya sean estáticas o dinámicas. Esta lectura errada, junto con la presión de los sindicatos industriales y otros factores, termina en lo que todos sabemos.

Así, en el último período de nuestro esquema se reabrió la economía, se reabrieron los mercados; esto es suficientemente conocido. Por falta de tiempo, no ahondaré en cuál ha sido la estrategia desde entonces ni en los alcances durante la época de la Concertación.

Revisada esta trayectoria histórica, podemos preguntarnos: ¿Se trata de una maldición de los recursos naturales? ¿Es algo que nos tiene que ocurrir de todos modos? Cuando comparamos lo que les ocurrió a Finlandia, Canadá, Argentina y Chile (ver Gráfico 1), vemos que estos tres países tienen, durante la *Belle Époque*, un fuerte dinamismo. Canadá y Argentina incluso superan a los países desarrollados, que representa el 100% del siguiente gráfico.

Gráfico 1

PIB por habitante (dólares PPP de 1990) como % del PIB por habitante de los países avanzados



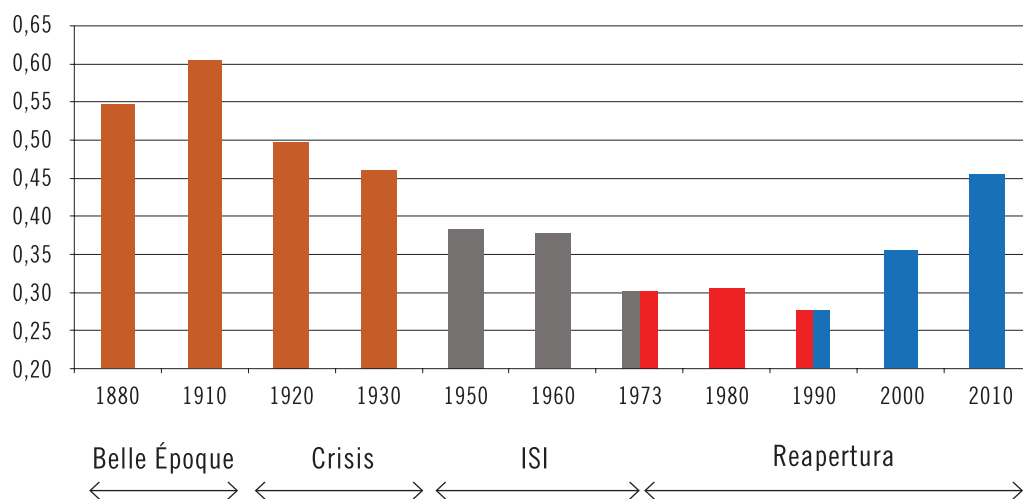
Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos de FMI y The Madison Project.

Hacia 1910 y particularmente con la Primera Guerra, todos estos países tienen un proceso de divergencia, que en el caso de Argentina y Chile se acentúa dramáticamente durante la crisis del 29. En cambio, en Canadá y Australia, no obstante que en el período de entreguerras tuvieron una ola de proteccionista relativamente importantes, la merma no fue significativa y continuó en los niveles elevados de los países desarrollados.

Entonces, parece sensato señalar que tratar de explicar los avatares de la economía chilena según si hayamos tenido un modelo exportador o de Sustitución de Importaciones –como lo han hecho tantos– oculta parte de la realidad y no es un análisis suficientemente acabado. Si miramos Australia y Nueva Zelanda, veremos lo mismo: algún impacto de la época de Sustitución de Importaciones, pero no al nivel de bajarlas nuevamente al suelo, como ocurrió con Chile y Argentina, y en éste último de manera algo más dramática. Entonces, nos preguntamos ¿qué cuestiones pueden haber sido distintas?

Esto es más llamativo si comparamos nuestro nivel de producto únicamente con USA (Ver Gráfico 2). Perdimos en términos relativos a comienzos del siglo XX, no logramos repuntar en el periodo de crisis ni de ISI, habida cuenta de que crecemos en términos absolutos, y recién con el retorno a la democracia reemprendemos el camino de convergencia.

Gráfico 2
PIB per cápita Chile/USA 1880-2010
(1990 Int. GK dollars)



Fuente: The Maddison-Project, <http://www.ggd.net/maddison/maddison-project/home.htm>, 2013 version.

Esta es una cuestión que me ha impresionado: “cuánto esas sociedades decidieron apartar de sus excedentes para construir capital social”. Y la verdad es que tuve que cruzar distintas variables para responder esta pregunta. Quizás una de las mejores proxis de aquello es la educación, lo que podemos ver, por ejemplo, en las tasas de alfabetización (ver Tabla 2).

Tabla 2
Tasa de Alfabetización en torno al 80% en cada país

	Tasa de alfabetización	Año	PIB per cápita (US\$ de 1990)
Canadá	82,5%	1861	1.451
Finlandia	79,9%	1878	1.173
Argentina	81,1%	1932	3.521
Chile	75,5%	1940	3.236

Fuente: Engerman y Sokoloff, 2002; The Madison Project y FMI.

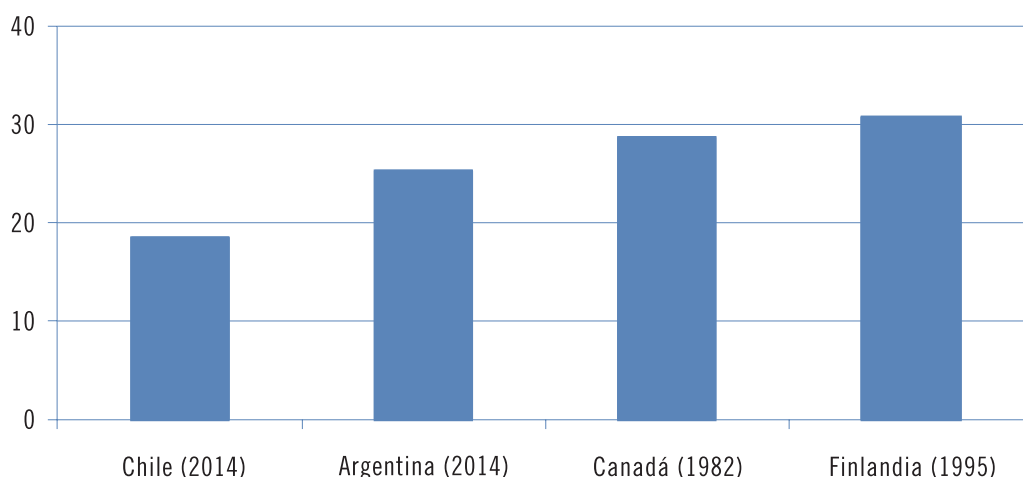
Lo primero que llama la atención es que Canadá y Finlandia, que tienen otro patrón de desarrollo, llegaron a tasas de alfabetización del orden del 80% 70 años antes que Chile y Argentina. Ustedes dirán: “Bueno, eran más ricos”. Pero no es así. Ellos llegan al 80% de alfabetización con ingresos per cápita de alrededor de mil dólares, a diferencia de Chile y Argentina, que alcanzamos esos niveles de escolaridad en una fase superior de nuestro desarrollo. Entonces, lo que se observa claramente es una forma distinta de enfrentar el desarrollo.

Hay teorías para explicar esto, pero básicamente las sociedades finlandesa y canadiense son más igualitarias, porque las familias son relativamente equivalentes en el ingreso. Por tanto, no es que unos paguen por la educación de otros, sino que todos pagan y hacen economía de escala por la educación común. Pero la inversión en capital social, particularmente en la educación, desde el principio, es marcadamente distinta en estos países. Junto con Finlandia, veremos lo mismo en Nueva Zelanda y Canadá.

Hay otro dato más que refleja esto y lo cito para abordar lo más reciente: el nivel de ingreso per cápita de Chile. Para que no se diga que éramos más pobres, veámoslo desde el punto de vista de la seguridad social, cuánto eran las cargas tributarias cuando estos países tenían el mismo nivel de desarrollo actual, y qué parte del producto bruto se extrajo para generar bienes públicos o bienes sociales. Apreciamos que Canadá y Finlandia tienen una opción completamente distinta a las de Chile y Argentina (ver Gráfico 3).

Gráfico 3

Total recaudación tributaria del gobierno general en países a similar desarrollo del Chile actual excluida seguridad social (% del PIB)



Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos de OCDE, FMI y The Madison Project.

No estoy diciendo con esto que el proteccionismo sea indistinto respecto de la apertura de una economía como la chilena, ciertamente somos todos acá favorables a la apertura; pero digo que reducir el tema en términos de apertura

o libre mercado versus proteccionismo o más participación del Estado pierde una parte importante de la explicación.

Termino diciendo que esta teoría –que Margaret Thatcher extremó, al afirmar que la sociedad no existe y solo existen las personas, por tanto, que los bienes públicos o los bienes sociales son casi un costo de opresión de un Estado que quita el empuje individual, les cobra impuestos y los regula– es absolutamente absurda. Primero, porque uno no ve sociedades sin bienes públicos. Segundo, porque los bienes públicos, incluso los más elementales, como una cultura en un cierto sentido común, son muy necesarios para el desarrollo de la economía. En la primera fase del desarrollo económico, cuando todavía no aparecen los contratos y los bienes de propiedad establecidos, es la confianza en la cultura y pertenecer a un mundo común lo que permite el intercambio y el desarrollo. Posteriormente, cuando los intercambios son más remotos, obviamente tienen que aparecer otras formas de derechos de propiedad, que son más complejos.

Si todos estamos ligados, ¿por qué tenemos fronteras? ¿Por qué gastamos lo que gastamos en militares? ¿Por qué no sería bueno que cada uno tuviera su propia ley y que intercambiara libremente con otros? ¿Por qué gastamos dinero en proteger nuestro modo de vida? ¿Por qué gastamos dinero en proteger los derechos de propiedad? Hay que gastar dinero en las Fuerzas Armadas, en Carabineros, en los tribunales de justicia, que son muchos puntos del producto, porque es necesario dotar a la sociedad de esas garantías.

Tan legítimo como reclamar que es necesario destinar una parte del producto

a garantizar los derechos de propiedad, a resguardar las fronteras o a respetar el orden público, es establecer una carga tributaria que permita equiparar oportunidades, por ejemplo en educación, salud, etc. En definitiva, lo que importa más que un análisis marginalista simple es un análisis de equilibrio general.

Cuando uno dice, por ejemplo, subir los impuestos es malo. ¿Por qué es malo?, porque al que gravo con impuestos tiene una propensión al ahorro más alta que el que va a recibir gasto público. Entonces, el efecto de la derivada parcial sobre el ahorro, y por tanto sobre la inversión, es malo, por ende, es malo subirlos. Obviamente no se está considerando el equilibrio general, porque con esos impuestos el Estado está generando otros bienes; por tanto, hay que analizar el efecto global. Lo mismo sucede con la medicina, la educación, la defensa, etc.

Lo que al final parece funcionar es que las sociedades sean capaces de construir un contrato social, que mezcle competitividad –como lo han hecho los suecos y finlandeses– con protección social, a objeto de ir generando un entorno que haga que los individuos puedan trabajar, tener una base de protección y tener capacidad de desarrollar sus proyectos de vida. No es un problema de ver cada parte en particular, sino cuál es el equilibrio general que posibilita que todos trabajemos juntos en pos de un destino común.

Pero no vamos a caer en la ingenuidad de que es una cuestión sólo de mercados libres, ya sabemos demasiado sobre las externalidades y los monopolios. El mercado es fácilmente *capturable* por el empresariado; y el Estado, como lo muestra la etapa de Sustitución de Importaciones, es fácilmente *capturable*

también. Hasta el día de hoy tenemos que luchar contra los grupos corporativos que, a través de este teórico garante del bien común que es el Estado, tratan de maximizar su propia situación.

En definitiva, como economista y político, creo que la única forma de lograr ese equilibrio general que permita desarrollo es con más democracia. Donde los intereses de los grupos corporativos y sus capacidades se minimicen con el control social.

Solo para ilustrar, muestro que todo esto se refleja también en la participación política (ver Tabla 3).

Tabla 3
Proporción de la población que vota

	Chile	Argentina	Canadá
1867			7,7%
1869	1,6%		
1896		1,8%	
1916		9,0%	
1917			20,5%
1920	4,4%		
1931	6,5%		
1937		15%	
1940			41,1%

Fuente: Elaboración propia.

Mientras que hacia 1920 Chile tenía una participación política, reflejada en este caso por la proporción de la población que vota en elecciones, de solo 4,4% , ya en ese entonces Canadá –de hecho tres años antes– tenía un 20,5% de la población que votaba. Obviamente que los bienes públicos y las estrategias económicas dependen del control social y del régimen político adecuado: la democracia.

VII. Reflexión final de Patricio Meller

1. El libro surge con la pregunta ¿cuál es la explicación de lo que pasó en el período 1970-1990? Los adultos recordarán que pasaron tantas cosas, que ese período pareciera equivaler a un siglo.

Algunos días parecían semanas y algunos meses parecían años. De hecho, el primer título que le puse al libro (20 años atrás) era *Un Siglo de Economía Política: 1970-1990*. A la editorial le pareció críptico y confuso; la gente pensaría que era un error, y no lo aceptaron.

La pregunta inicial es en realidad una pregunta doble: ¿Por qué la Unidad Popular? y ¿por qué la Dictadura Militar?

¿Cómo es posible que en un período tan breve haya dos gobiernos con perspectivas económicas tan diametralmente opuestas?

2. Obviamente, la Unidad Popular no aparece en 1970 –y eso me hace revisar qué pasa con los dos gobiernos anteriores–. ¿Hay un hilo conductor de la Historia chilena? En algo central coinciden Eduardo Frei Montalva y Salvador Allende: consideran al cobre como la “viga maestra del desarrollo chileno”.

3. Revisando la Historia del Cobre llego a la Historia del Salitre y me doy cuenta de algo inadvertido o no relevado como se merece: de cómo la victoria contra Perú y Bolivia en la Guerra del Pacífico de 1879 cambió totalmente la historia chilena. Chile habría sido un país bastante más atrasado hoy si hubiera perdido esa guerra.

4. ¿Se han aprendido las “lecciones de lo que pasó en el período 1970-1990?”

Veinticinco años después del retorno a la democracia es posible constatar que siguen vigentes el fundamentalismo del mercado y el fundamentalismo estatal, como si no se hubiese aprendido nada de lo que sucedió en el período 1970-1990.

En efecto, persiste en Chile la percepción de que siguen habiendo solo dos visiones dicotómicas opuestas respecto de los mecanismos de solución de los problemas económicos. La lógica de razonamiento económico de la mayoría de los economistas chilenos sigue anclada en la polarización dual que existía en el período 1970-1990. Sin duda, lo más difícil es modificar la manera de pensar; en el caso de los economistas ortodoxos y heterodoxos, esta pareciera ser una tarea casi imposible. Hay que recordar que los astrónomos partidarios de Ptolomeo seguían creyendo que la Tierra estaba fija y era el centro del universo dos siglos después de Galileo y Copérnico. Algo similar sucede, incluso hasta ahora, respecto de la teoría de la evolución de las especies de Darwin (1859) un siglo y medio después. ¿Habrà que

esperar un siglo para superar la visión de estos dos fundamentalismos económicos prevalecientes?

5. La verdad es que casi al terminar el libro me di cuenta de que lo que quería no era solo explicar de manera objetiva lo que sucedió en el período 1970-1990, quería también ayudar a recuperar la “memoria histórica”. Y esto no es fácil para un economista. ¿Por qué?

(ECONOMÍA E HISTORIA)

La Metacognición es la “reflexión sobre el pensar”, pensar por qué se piensa lo que se piensa. ¿Por qué un economista se mete a historiador? ¿Por qué me embarqué en esta revisión histórica?

- I. La teoría económica es ahistórica; aún más, tiene un sesgo antihistoria:

(1) Nivel Microeconómico: a) Análisis oferta y demanda no necesita la historia: no interesa cómo la oferta y la demanda llegan a la posición actual.

b) El criterio principal de fijación de precios $(P) = \text{Costo Marginal}$ no incluye los costos fijos del pasado; los costos fijos (históricos) son costos hundidos, irrelevantes para la toma de decisiones de ahora.

c) Los precios P son la variable económica fundamental. Es el mecanismo más importante para la transmisión de información. Un supuesto central: el P de hoy incorpora toda la información histórica, entonces no se necesita la evolución (histórica) de P .

(2) Nivel Macroeconómico: a) Foco central: Desequilibrios Macro y los Déficits. La preocupación es la reducción de Desequilibrios y Déficits. ¿Qué hacer ahora para esto? La Historia no sirve.

b) Las expectativas desempeñan un rol crucial para la Inversión. Pero importan las expectativas respecto del Futuro.

Para comprender lo que pasó en 1970-1990 partí: utilizando solo el análisis económico, prescindiendo de la Historia y del Pasado, pero me di cuenta de que no estaba entendiendo las cuestiones de fondo, por eso al final tuve que examinar el Rol del Pasado – Relación Pasado y Presente – Memoria e Historia.

II. Rol del Pasado – Relación Pasado y Presente – Memoria e Historia

A. Rol del Pasado

1. A mi juicio, hay una extraña coincidencia entre los revolucionarios de Izquierda y los partidarios de la Dictadura Militar: ambos no están interesados en el Pasado ni en la Historia. Lo que les interesa realmente es “hacer la Historia” o “hacer una nueva Historia”.

2. El Pasado puede cumplir diversos roles:

- a) Puede servir y ser usado para poder entender el Presente.
- b) Para algunos, el Pasado es un modelo para el Presente en que ojalá el Presente replique el Pasado. Cambios o evolución son considerados como decadencia o degeneración.
- c) Para otros, solo el Pasado puede darle al Presente sentido y relevancia. Cada país requiere que la Historia tenga un sentido y una dirección. Esto se logra a través de una reflexión profunda respecto del Pasado.

B. Relación entre Pasado y Presente

1. El interés por el Pasado es porque ayuda a comprender el Presente.
Pero,

- (i) La comprensión del Pasado parte del Presente.
- (ii) Luego, el conocimiento del Pasado es percibido de manera distinta en distintos períodos.
- (iii) Entonces, no hay una sola interpretación del Pasado. El historiador está influenciado por el Presente en el cual vive.

2. Hay una relación recíproca: el Pasado es reconstruido en relación al Presente y, de manera análoga, el Presente es explicado por el Pasado.

3. Una síntesis crítica e irónica lo pone así: La Historia es la Política del Pasado y la Política es la Historia del Presente.

C) Relación entre Historia y Memoria

1. La Memoria –oral y escrita– es uno de los insumos básicos de la Historia. A su vez, la Historia alimenta la Memoria y se genera un proceso de retroalimentación recíproco en que olvidar o el olvido desempeña un rol importante.

Jorge Luis Borges escribe: “El olvido es una de las formas de la Memoria”.

William Faulkner va más allá: “El pasado nunca muere. De hecho, ni siquiera es Pasado”.

Pero no hay una sola Memoria, diversos grupos sociales y étnicos tienen distintas Memorias.

Sin embargo, la Historia pertenece a todos y a ninguno; la Historia tiene una especie de autoridad universal.

2. Dado que no hay una “Verdad Histórica Absoluta”, ¿es posible ser objetivo con respecto de la Historia? A mi juicio, hay una diferencia entre reconstruir factualmente los hechos y la interpretación o explicación de los factores determinantes de estos hechos.

3. La Historia trata de ser objetiva, pero no puede serlo. Quiere resucitar el Pasado y solo puede reconstruirlo. Hay una gran diferencia entre la Historia del Hombre y la Historia de la Naturaleza. Esta diferencia radica en que los Hombres deliberan y discrepan y la Naturaleza no.

4. Pero cada generación tiene la obligación y el derecho de hacerle sus propias preguntas a la Historia, de interpretar sus fantasmas particulares y utilizarlos como material de reflexión y como fuente de conocimiento. Este mismo Pasado va a ser reinterpretado, entonces, por diversas generaciones.

5. Estoy seguro de que en el futuro próximo va a haber un boom de reinterpretaciones de nuestro Pasado reciente.

Referencias

Colmeiro, José (2011), "A Nation of Ghosts?: Haunting, Historical Memory and Forgetting in Post-Franco Spain."

Le Goff, Jacques (1992), *History and Memory*, Columbia University Press.

Lee Klein, Kerwin (2000), "On the Emergence of Memory in Historical Discourse", *Representations* 69, University of California.

Meller, Patricio (2016), *Un Siglo de Economía Política Chilena (1890-1990)*, Uqbar Editores.

Nora, Pierre (1989), "Between Memory and History", *Representations* 26, University of California.

VIII. Anexos

Anexo 1

Índice de la versión del libro 2016

PRÓLOGO A VEINTE AÑOS DE LA PRIMERA EDICIÓN	13
¿UNIDAD POPULAR O RÉGIMEN MILITAR? (Prólogo original, 1996)	17
CAPÍTULO 1	
110 AÑOS DE DESARROLLO ECONÓMICO CHILENO, 1889-1990	23
INTRODUCCIÓN	23
EXPORTACIONES DE RECURSOS NATURALES E INVERSIÓN EXTRANJERA, 1880-1971	26
El ciclo del salitre (1880-1930)	27
El ciclo del cobre (1920-1971)	33
Principales lecciones de las experiencias del salitre y del cobre	42
INDUSTRIALIZACIÓN Y FUNCIÓN DEL ESTADO (1930-1973)	47
El impacto de la Gran Depresión	47
El papel del Estado	54

LIBERALIZACIÓN Y FUNCIÓN DEL SECTOR PRIVADO (1973-1990)	57
Políticas de reforma estructural (1973-1990)	58
Liberalización de la balanza comercial	59
El papel del sector privado	61
VISIÓN GLOBAL DE 110 AÑOS	62
OBSERVACIONES FINALES	68
CAPÍTULO 2	
LA VÍA AL SOCIALISMO DE LA UNIDAD POPULAR	77
BREVE REVISIÓN DE LA CUESTIÓN SOCIAL	77
Existencia de pobres y ricos	77
La cuestión agraria	80
De la cuestión social a la crisis social	84
BREVE REVISIÓN DE LA CUESTIÓN POLÍTICA	86
Las distintas posiciones políticas	86
El contexto externo	91
Aumento de la participación política	92
LOS DOS GOBIERNOS PREVIOS A LA UNIDAD POPULAR	97
VISIÓN DE LA UNIDAD POPULAR SOBRE LA ECONOMÍA CHILENA	102

Diagnóstico de la Unidad Popular	102
Las propuestas económicas de la Unidad Popular	104
LA SITUACIÓN MACROECONÓMICA DURANTE LA UNIDAD POPULAR	107
Políticas populistas	107
La evaluación de la macroeconomía	108
La explosión del gasto público	116
Escasez, mercado negro y racionamiento	120
La evolución del tipo de cambio	122
LAS REFORMAS ESTRUCTURALES DE LA UNIDAD POPULAR	124
Nacionalización de la Gran Minería del Cobre	125
Reforma agraria y fin del latifundio	127
Creación del Área de Propiedad Social	130
Estatización de la banca	132
EL DERECHO DE PROPIEDAD	134
CAPÍTULO 3	
EL MODELO ECONÓMICO DE LA DICTADURA MILITAR	145
LA DESTRUCCIÓN DE LA DEMOCRACIA CHILENA	145
El análisis de los científicos sociales	145
El análisis de los economistas ortodoxos	156

LAS PROPOSICIONES ECONÓMICAS DE LOS ECONOMISTAS ORTODOXOS	158
LAS REFORMAS ESTRUCTURALES DE LA DÉCADA DEL 70	162
Aplicación de las reformas estructurales	162
Las Fuerzas Armadas y los economistas de Chicago	170
Éxitos del Modelo Económico	172
EL COLAPSO ECONÓMICO Y FINANCIERO DE 1982-1983	174
La crisis de 1982-1983	174
El mecanismo de ajuste automático	185
Políticas macroeconómicas caóticas	191
Políticas cambiarias aplicadas durante 1982	193
Políticas monetarias aplicadas durante 1982	199
Resumen del año 1982	202
EL PROCESO DE AJUSTE DE LA DÉCADA DEL 80	203
El programa de ajuste del FMI y del Banco Mundial	207
La devaluación real	211
Políticas heterodoxas utilizadas en el ajuste	215
Costas del ajuste	217
Impacto distributivo	219
REFORMAS ESTRUCTURALES DE LA DÉCADA DEL 80	231

Nueva reducción de la presencia del Estado	232
El nuevo papel de las exportaciones chilenas	239
LIBERTAD ECONÓMICA Y LIBERTAD POLÍTICA	242
CAPÍTULO 4	
LECCIONES DEL PASADO PARA EL FUTURO	259
CRECIMIENTO ECONÓMICO	259
Anatomía del crecimiento económico	259
Factores explicativos del crecimiento económico	263
LA HERENCIA DE LA UNIDAD POPULAR	268
La nacionalización de la Gran Minería del Cobre	268
Conflicto y consenso	271
Lógicas y Dilemas del Estado de Bienestar	272
LA HERENCIA DE LA DICTADURA MILITAR	278
Reformas económicas básicas de la década del 70	280
Lecciones del colapso de 1982	282
Recuperación y reformas estructurales de la década del 80	285
Evaluación sintética de las reformas económicas	287
Ideas económicas que prevalecen	288
El general Pinochet y el modelo económico	290
¿Cuán exitosa en lo económico fue la Dictadura Militar?	291
DERECHOS HUMANOS Y MEMORIA HISTÓRICA	294

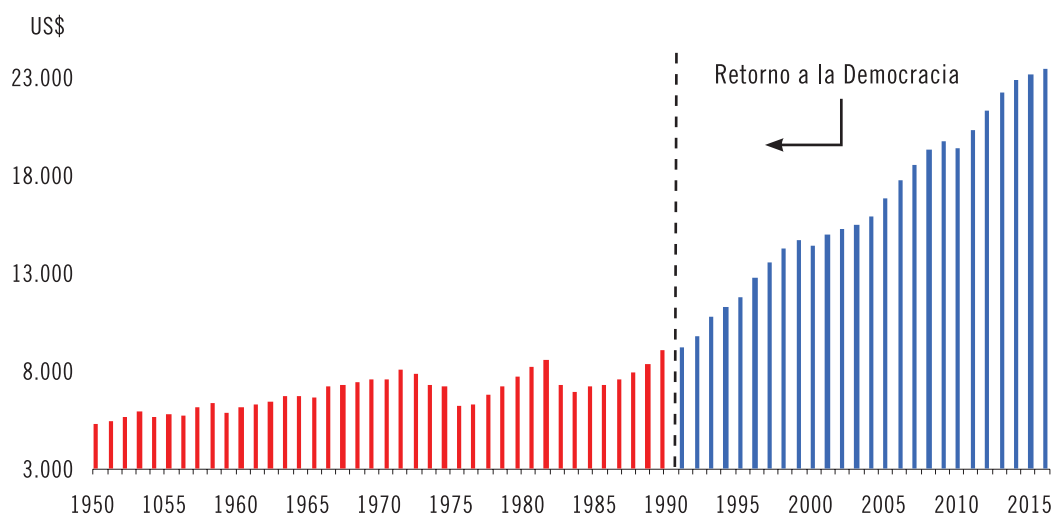
CAPÍTULO 5

EL DEBATE ECONÓMICO-SOCIAL POST-DICTADURA	301
¿SOMOS TODOS NEOLIBERALES AHORA?	301
EL MODELO ECONÓMICO Y LOS GOBIERNOS DE LA CONCERTACIÓN	306
Rol del Estado en la Cuestión Social-Distributiva	310
Los Roles del Estado y del Mercado en el Desarrollo Económico	318
Rol de las Políticas e Instituciones para Superar el Subdesarrollo	328
La Problemática Actual	335
ANEXO ESTADÍSTICO	341
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	359

Anexo 2

Gráfico 1⁵

PIB per cápita real Chile - 1950-2015 2015 US\$-PPA



Fuente: The Conference Board Total Economy Database™.

5 Este gráfico presenta una mirada sintética de algunos contenidos de la versión actualizada del libro.



PATRICIO MELLER es director de proyectos de CIEPLAN; presidente del Directorio de la Fundación Chile; profesor titular del Departamento de Ingeniería Industrial de la Universidad de Chile y miembro de la International Commission on Financing Global Education Opportunity. Ingeniero civil de la Universidad de Chile. Máster en Ciencias y Doctor en Economía de la Universidad de California, Berkeley. Ha sido director de la empresa estatal de cobre Codelco, presidente del Consejo Asesor Presidencial sobre Trabajo y Equidad, autor y editor de numerosas publicaciones sobre economía, minería, comercio internacional, innovación tecnológica y educación.

El “Programa de Investigación e Innovación Social CIEPLAN-UTALCA” es una alianza estratégica entre La Corporación de Estudios para Latinoamérica (CIEPLAN) y la Universidad de Talca, centrada en la investigación, análisis, debate y difusión de temas relevantes en Chile y Latinoamérica.

Algunas de las áreas temáticas incluyen el diseño y propuesta de políticas públicas en lo social, económico y la administración del Estado; la comprensión de los procesos de modernización y su relación con los contextos regionales y globales; y el análisis de los fenómenos asociados a la llamada “trampa de las economías de ingreso medio”, con el fin de generar condiciones que permitan dar el salto hacia un desarrollo económico y social.

CIEPLAN es una organización privada sin fines de lucro, que inició sus actividades en 1976, con el fin de aportar conocimientos a las políticas públicas en Chile y Latinoamérica. La Universidad de Talca, por su parte, es una corporación de derecho público que busca la excelencia en el cultivo de las ciencias, las artes, las letras y la innovación tecnológica y está comprometida con el progreso y bienestar regional y del país, en permanente diálogo e interacción con el entorno social, cultural y económico, tanto local como global.

Este documento es parte de una serie de trabajos publicados en el marco del PROGRAMA CIEPLAN-UTALCA.

Las ideas y planteamientos contenidos en esta publicación (y en todas las publicaciones del programa) son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no comprometen la posición oficial de CIEPLAN ni de la Universidad de Talca.





PROGRAMA
CIEPLANUTALCA